

Arenas en la ribera

JORGE NAWRATH

Un presagio detenido que de pronto se convierte en certidumbre, me vuelca el corazón de un manotazo: ha muerto Braulio Arenas. El poeta que apenas deslizo su sombra por la vida, llenando sin embargo el mundo de susurros, ha muerto. Seguramente que sus ojos, que parecían siempre sorprendidos, estarán hoy desmesuradamente abiertos.

Ojalá nadie tenga la idea malhadada de cerrárselos.

El periódico de la mañana confirma el pequeño suceso. Debajo de un estridente "SE DESINFLO LA ROJA", que se desangra en rojo, tres breves líneas negras, al caer de la página, dan cuenta que a los 75 años de poesía murió, de puro surrealista, Braulio Arenas.

Recuerdo otro titular de hace ya muchos años (el tiempo no siempre cambia todo), que pregona la gran tragedia nacional de aquellos días: el Colo Colo había perdido por 4 goles contra 6.

Al final de la edición, no más de quince palabras comunicaban a sus antepasados que había muerto la única mujer ora sobreviviente, y por lo tanto el último vestigio étnicamente impetuoso de la vieja raza. Así van los tiempos.

Pero volvamos al querido amigo, al dulce Braulio que recogió las alas. Porque eso sí fue volar. De punta a punta, que es mucho, y de cordillera a mar, que es bastante poco, Braulio paseó su mirada creadora por sobre el territorio, y al final ese conjunto de visiones iluminadas se detuvo en un bello libro lanzado por la editorial La Noria: "Memorandum Chileno", obra postrera y adiós definitivo al país que amó tanto.

Hace ya algún tiempo (nunca he sabido medir ese espacio borroso que llamamos tiempo), cuando vivía en el cautiverio feliz en Aysén, Braulio me contaba en una carta de su

experiencia docente por aquellas duras soledades, de cómo una noche, que él definió como la "noche de los tiempos", un corte de energía eléctrica no impidió que la luz brillara, portada por las manos mágicas de los pobladores que no querían perderse la otra luz que destellaba en las palabras del poeta. Aquella vivencia dictó el poema: "En el confin del alma", que prometió enviarme sin llegar a hacerlo. ¡Qué manera de cumplir su promesa al encontrarlo entre las hojas de este "Memorandum".

Su invaluable amistad (ninguna lo es, en rigor, pero la de él particularmente no lo era) me hizo el camino para traerlo en numerosas oportunidades a Rancagua, colaborando en actividades culturales a las que se prestaba con infantil regocijo, y en las que entregaba el caudal poderoso de su sabiduría, purificada en quién sabe qué secretas alquimias.

Guardaba un cariño entrañable para nuestra ciudad, y lo manifestó en cada ocasión que tuvo para hacerlo. Hubo una vez, incluso, en que la emoción lo conmovió como si una ráfaga lo remeciera interiormente. Asistíamos a la exhibición de la maqueta del que será (ojalá así sea) el Teatro Municipal de Rancagua, e, instado a hablar, inició -con esa voz peculiar suya que parecía contener la muchedumbre de los pensamientos para dejar pasar sólo aquellos que verdaderamente tenían que representar su papel- un breve discurso en el que confesó que hablaba desde un espacio de ensueños, tanta era la potencia del sentimiento que la obra en proyección le provocaba. Su voz sumió a todos los que le escuchábamos en esa misma atmósfera arrebatante y vertiginosa que a él le envolvía, y creo que hasta cayó en el embrujo de una diminuta cuculí, la palomita fugaz de nuestros campos que, haciendo pie en la más alta rama de un árbol cercano, permaneció inmóvil hasta que se apagó la última nota del desconocido trino que le llegaba desde abajo. Después, en la lenta caminata que nos llevó desde el Museo hasta la casa Municipal, Braulio, todavía atrapado en las brumas de su ensueño, nos mostraba nitidamente la vida cultural que sus ojos, más perceptivos que los nuestros, veían desarrollarse multifundamentalmente dentro de los imaginarios muros. Tal vez la fuerza de ese ensueño sea capaz de mover los pesados obstáculos que la propia magnitud de la obra pondrá en el camino, y un día podamos desde ella volver la memoria hacia quien se sintió anticipadamente su habitante definitivo.



El escritor Braulio Arenas, Premio Nacional de Literatura, haciendo uso de la palabra al recibir la distinción.

Hoy las arenas de Braulio se encuentran ya en la otra ribera. En ésta nos quedaron para siempre sus metales sirens.

Un nuevo académico fue recibido en Sesión Solemne

El lunes recién pasado se incorporó oficialmente a la Academia Chilena de la Lengua, como Miembro de Número, el escritor y catedrático José Luis Samaniego Aldazábal.

Su discurso de incorporación fue titulado "La palabra exhortativa, de Juan Pablo II. Comentarios sobre el "discurso apostólico".

El discurso de recepción fue encomendado al académico Alfredo Matus Olivieri.



Confiado amigo de "El Rancagüino", Braulio Arenas no dejó de visitarnos cuando vino a Rancagua. En la foto, captada en la oficina de la Dirección de este diario, aparece junto al Director Néstor González, hace poco más de un año.



Braulio Arenas realizó tres visitas a Rancagua en los últimos dos años. En la foto aparece durante una conferencia llevada en la Casa de la Cultura. A su lado, el periodista Héctor González, quien en esta oportunidad hizo la presentación del escritor.

Arenas en la ribera [artículo] Jorge Nawrath.

AUTORÍA

Nawrath, Jorge, 1935-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Arenas en la ribera [artículo] Jorge Nawrath. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile